2767

ANTONIO ESTREMERA

LAS CUARENTA HORAS

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa, original

Copyright, by Antonio Estremera, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

8

LAS CUARENTA HORAS

PASILLO CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO ESTREMERA

Estrenado en el TEATRO CERVANTES el 21 de Junio de 1912

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1912

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lascuarentahoras1668estr

A Don

Ricardo Simó Casas,

débil prueba de la sincera amistad que le profesa,

Antonio Estremera.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FRASQUITA	Sra. Toscano.
DOÑA SOCORRO	López.
EVARISTA	Srta. Recatero.
ACETILENO	Sr. Simó-Raso.
PRÓCULO	Palma.
DON PERPETUO	Molinero.
CIRILO	Mancha.
EUFEMIO	Hidalgo.
SEMÁFORO	Bernardos.

La acción en nuestros días

Las indicaciones, del lado del actor

ACTO UNICO

La escena representa el interior de una relojería de lujo. A la derecha, en primer término, puerta de entrada. A la izquierda otra puerta con cortina, que se supone da paso á las habitaciones interiores. Delante de esta puerta habrá una pequeña mesa ó pupitre de reparaciones con útiles del oficio y algunos libros de caja. Mostrador al fondo, que va de una puerta á la otra. Sobre este mostrador una elegante vitrina, que contendrá relojes de bolsillo, cadenas y dijes. En las paredes se verán multitud de relojes de diferentes formas y tamaños. En la parte alta del muro que da frente al público habrá un rótulo en el que habrá escrito con gruesos caracteres, lo siguiente: LAS CUARENTA HORAS.—RELOJERÍA DE LA VIUDA DE MINUTERO. También aparecerán convenientemente distribuídos, varios anuncios de las marcas más célebres de relojes.

Varias sillas delante del mostrador.

ESCENA PRIMERA

DOÑA SOCORRO hojeando un libro, y al lado de PRÓCULO, que está trabajando en la mesa de reparaciones. SEMÁFORO detrás del mostrador. Al levantarse el telón se oyen dentro campanadas de varios relojes

Soc. Oye, Semáforo, ¿has ido á ese aviso de la calle del Gato?

Sem. Sí, señora.

Soc. ¿Y qué era?

Sem. Pues nada, que se les ha parado á los de Tapia el reloj de pared porque lo tienen lleno de polvo.

611307

Soc. ¿Y no lo has traído?

Sem. Quiá; como se trata de un matrimonio mal avenido, no han llegado á ponerse de acuerdo.

Soc. Seguramente por tacañería.

Sem. Desde luego. El marido decía que no, pero yo creo que acabarán por mandarlo, porque su señora le ha dicho que se limpie.

Soc. Que hagan lo que quieran; después de todo, con ellos no he de hacerme rica. (A Próculo.) Y tú, ¿qué haces?

Próc. Estoy terminando de arreglar el reloj de don Fermín, y ahora saldré á llevárselo, porque le corre mucha prisa.

Soc. Sí; y de paso que sales te llegarás á hacerle una visita á la hija del cerero.

Próc. Doña Socorro, usted ya se hará cargo de lo que es un corazón juvenil y apasionado.

Soc. Sí; por eso hacéis lo que os da la gana. La verdad es que desde que mi pobre Minutero murió ha desaparecido la formalidad de este establecimiento.

ESCENA II

DICHOS y EVARISTA, que sale por la izquierda, llevando una carta en la mano, que entregará á doña Socorro con cierto misterio.

Evar. Señora, señora.

Soc. ¿Qué pasa?

Evar. Acaban de traer esta carta para usted.

Soc. A ver. (Leyendo el sobre.) Y dice urgente. Veamos. (La abre, lee y exclama con cara de satisfacción y cierta vanidad.) ¡Cielos!... Evarista, ¿á que no sabes lo que es esto?

Evar. Algún pedido.

Soc. Sí, un pedido... mejor dicho, una petición.

Evar. No entiendo.

Soc. A tu edad no se comprenden estas cosas; pero oye y juzgarás. (Leyendo.) «Señora viuda de Minutero. Mi encantadora y celestial relojera.»

Evar. ¡Una declaración!

Soc. «Desde que la ví no sé lo que es la tranquilidad.» (Sin leer.) ¡Pobrecillo! (Leyendo.) «Mi

corazón se ha parado, y usted es la única que puede darle cuerda. ¿Me dirá usted que sí?»

Evar. Naturalmente.

Soc. «Si llega esa hora dará usted la media vida que le falta á este desgraciado, que pensando en el cuarto de usted se le hacen siglos los minutos.» (Sin leer.) ¡Qué atrevidillo es!

Evar. Siga usted.

Soc. «Si me desprecia y á semejanza de sus cronómetros no adelanto nada con mis súplicas, me levantaré de un pistoletazo la tapa y la contratapa.»

Evar. Está desesperado.

Soc. Pues escucha, que ahora viene lo mejor. (Lee.) «Al medio día entraré en su tienda, y si usted lleva un clavel en el pecho ó en el peinado, será señal de que no rechaza mis pretensiones. Le advierto, para que se decida, que la daré mejor resultado que un extraplano. Disculpe las torpezas de redacción porque tengo la cabeza á las once. Su admirador, X.» (Deja de leer.) ¿Qué te parece?

Evar. Que hace falta valor.

Soc. ¿Cómo?

Evar. Para exponerse á recibir un desaire.

Soc. Eso sí.

Evar. ¿Y qué piensa usted hacer?

Soc. No lo sé... pensaré... ¡Pobrecillo, debe de estar muy enamorado!... ¿Sería capaz de levantarse la tapa como él dice?

Evar. Ha habido casos.

Soc. ¡Ay! calla por Dios, que eso me espeluzna... En fin, veremos; por de pronto, voy á arreglarme. Y tú sígueme, porque tendrás que ir á la calle por claveles.

Evar. (Aparte.) Ya me lo figuraba. (Vanse las dos por la izquierda.)

ESCENA III

PRÓCULO, SEMÁFORO, DON PERPETUO, que sale por la derecha, y desde dentro, EVARISTA

Próc. ¿Tienes ya empaquetado el despertador que hay que mandar á Jaén?

Sem Sí; no falta más que precintarlo y ponerle la dirección.

Próc. Pues trae. (Escribe en un paquete que le entregará Semáforo.)

Per. Buenos días, jóvenes. (Aparte.) No está ella.

Próc. Buenos, don Perpetuo.

Per. Trabajando, ¿eh?... Por más que á vuestros años nada cuesta trabajo. ¡Estáis en la flor de la vida! (Aparte.) ¿Habrá recibido ya mi carta?...

Próc. Tiene usted razón; pero crea que es bastante desagradable esto de pasarse la vida dando cuerda. (A Semáforo.) Dame cuerda. (Semáforo le da un carrete y Próculo empieza á atar el despertador.)

Per. Es algo penoso, pero en este oficio más que en ningún otro, el tiempo es oro.

Próc. Eso sí es verdad.

Per. Bueno; á mi asunto. ¿No ha venido un individuo preguntando por mí?

Sem. No, señor.

Per. Pues cuando venga le decís que me espere, porque á eso de las once y media volveré.

Próc. Está bien. ¿No entra usted á ver á doña Socorro?

Per. No; luego tengo que verla para recomendarle al individuo en cuestión, que quiere que os encarguéis de construir un reloj que ha inventado.

Evar. (Dentro.) Próculo.

Próc. (Hacia la puerta izquierda.) Mande.

Evar. ¿Sabe usted qué hora es?

Próc. No. (A Semáforo.) Anda tú, llégate en un vuelo á la panadería y que te digan qué hora es.

Per. No vayas, yo te lo diré. (Después de mirar su reloj.) Las once y cinco.

Próc. (En la puerta.) Son las once y cinco.

Per. Pero hombres de Dios, es una vergüenza que en una relojería no sepáis la hora que es.

Próc. Es que como cada reloj marca una distinta, se hace uno un lío. Pero mira, Semáforo, pon ese en hora para que no tengamos que andar así. (Semáforo pone en hora un reloj.)

Per. Bueno; pues ya sabéis, si viene ese...

Próc. Que espere hasta las once y media.

Per. Justo. Vaya, hasta después.

Próc. Con Dios. (Vase derecha don Perpetuo.)

Sem. Qué, ¿me marcho á certificar el despertador?

Próc. No; ahora, espérate, porque primero tengo que ir á casa de don Fermín. (Se mete el reloj que compuso en el bolsillo, y poniéndose el sombrero se va hacia la puerta derecha.) Lo que vas á hacer es subirte de la cueva muelles del doce, porque no quedan. ¿Oyes?

Sem. Bueno. (Vase Próculo por la derecha y Semáforo por detrás del mostrador.)

ESCENA IV

ACETILENO sale por la derecha y vá bastante mal vestido

Acet. (Asomando por la puerta, dice:) ¿Se puede pasar? (Pausa.) ¿Se puede? (Entrando y como dirigiéndose á alguien.) Buenos días y un millón de gracias. (Pausa.) No hay nadie; pero no está de más entrar demostrando la más exquisita cortesía... ¿Habrá venido ya mi protector? (Dan las doce en un reloj.) ¿Las doce ya? Parece imposible. Se pasa el tiempo sin sentir. (En otro dan las tres.) ¡Demonio, las tres!... Cuando yo digo que se pasa sin sentir.

Sem. (Por el fondo y dirigiéndose á Acetileno.) Muy buenas, ¿qué deseaba usted?

Acet. Buenas tardes, joven. Vengo porque me ha citado en este establecimiento mi amigo don Perpetuo Crochete.

Sem. Ah, si ya me lo ha dicho. Hace un momento que se ha marchado.

Acet. Vaya, llego tarde.

Sem. Pero ha dejado dicho que le espere usted, porque á eso de las once y media volverá.

Acet. Ah, vamos. ¿Pero no es más de esa hora?

Sem. No señor, son las once y diez.

Acet. Como he oído sonar doce campanadas.

Sem. Aquí no se puede fiar porque cada reloj da una hora distinta.

Acet. Ya, ya, tendrán ustedes un jaleo.

Sem. Figúrese, siempre oyendo campanadas y

hasta música, porque los tenemos de música.

Acet. La verdad es que se hacen maravillas.

Sem. Sí, señor; pero relojes buenos hay muy pocos. Por ejemplo, aquí tiene usted este que no aparenta nada. (Saca uno.)

Acet. ¿Y es bueno?

Sem. Lo mejor que se conoce, un Longines que quita la cabeza por lo exacto.

Acet. ¿Sí, eh?

Sem. Le da usted cuerda y no adelanta nada.

Acet. Entonces le pasa lo mismo que al mío; le da usted cuerda y tampoco adelanta nada

Sem. (Examinando el reloj que le ha entregado Acetileno.) Pero hombre de Dios, si la tiene rota.

Acet. Ya lo sé, por eso le digo que no adelanta nada.

Sem. No lo tome usted á broma; este reloj es muy fijo.

Acet. Más fijo es este, que lleva seis años en las nueve y cuarto.

Sem. ¿Y antes de tener ese, qué relojes ha usado usted?

Acet. Generalmente el de la Equitativa y el de Gobernación.

Sem. ¿Y cómo puede usted vivir sin una cosa tan necesaria?

Acet. Ah, joven; evoluciones del destino me han obligado á prescindir de otras más necesarias aún. Además, el reloj no tiene para mí ninguna importancia.

Sem. Pues es necesario, aunque no sea más que para saber la hora de la comida.

Acet. Es que yo como siempre entre horas. Puede decirse que me alimento de orduvres, como cacahuets, mojama y torraos.

Sem. Por lo que veo las está usted pasando muy negras.

Acet. Bastante morenuchas por lo menos.

Sem. Pues le compadezco á usted.

ESCENA V

DICHOS y PRÓCULO, que sale por la derecha

Próc. Buenos días.

Acet. Muy buenos.

Sem. (A Próculo y por Acetileno.) Este señor es el que espera á don Perpetuo.

Próc. (Al reparar en Acetileno.) ¡Pero qué veo, don Acetileno!

Acet. (Idem y abrazando á Próculo.) ¡Caramba, qué sorpresa! ¡Próculo, Proculito! ¿Cómo tú en esta casa?

Próc. Porque soy el principal.

Acet. ¡Cuánto me alegro!

Sem. (A Próculo.) Bueno, ¿me marcho ya?

Próc. Sí, date prisa. Certifica el despertador; pero no te duermas.

Sem. No. Hasta luego. (Coge el paquete, se pone el sombrero y hace mutis por la derecha.)

ESCENA VI

ACETILENO y PRÓCULO

Próc. ¿De modo, don Acetileno, que ha inventado usted un reloj?

Acet. Sí, chico; una verdadera maravilla científica.

Próc. ¿Y qué tiene de particular?

Acet. Ah, muchísimo. Mi reloj viene á satisfacer dos necesidades bastante perentorias: da los buenos días y hace masage con la péndola.

Próc. ¡Es maravilloso!

Acet. Además quiero construir un adormecedor también de mi invención.

Próc. ¿Y eso qué es?

Acet. Todo lo contrario del despertador. Se trata de la mecánica aplicada al fonógrafo. Te acuestas y á la hora que tú quieras el susodicho fonógrafo te hace oir una canción que invita al sueño.

Próc. Pues es muy bonito.

Acet. ¿Conque qué te parece?

Próc. Piramidal.

Acet. Bueno, ¿y crees que tu ama me recibirá bien?

Próc. Si consigue usted hacerse simpático, sí señor.

Acet. ¿Y qué debo hacer?

Próc. Ser muy galante. Doña Socorro, desde que perdió á su marido, el señor de Minutero, vive con la esperanza de encontrar un sustituto, así es que en cuanto uno la dice cualquier piropo, saca de ella todo lo que quiera.

Acet. ¿De modo que será conveniente piropearla?

Próc. Indispensable. Si cuando la vea la echa usted una flor, ya la tiene de su parte.

Acet. A esa señora la saturo yo de piropos.

Próc. ¿Quiere usted verla?

Acet. No, esperaré á que me la presente don Perpetuo.

Próc. Dijo que volvería á las once y media.

Acet. Ya lo sé.

Próc. Lo que usted debía es hacerla el amor y casarse con ella.

Acet. Ah, eso es imposible, porque no me pertenezco. Estoy comprometido.

Próc. ¿Usted? ¿Con quién?

Acet. Con una vistosidad de mujer.

Próc. ¿Y cómo se ha ido usted á enamorar á estas alturas?

Acet. Baja un poco, porque te advierto que aunque no lo parezca soy un pollo; ahora sin plumas, pero pollo al fin.

Próc. ¿Y es guapa?

Acet. ¿Que si es guapa? La ves y te atragantas.

Próc. ¿En dónde la conoció usted?

Acet. Éramos vecinos, ella vivía en el segundo piso y yo en el cuarto. A mis primeras insinuaciones cayó.

Próc. ¿La vería usted desde el balcón?

Acet. No, la primera vez la ví en la escalera. Subíamos al mismo tiempo; la dije un atrevimiento y se sonrió; insinué una lisonja y volvió á sonreir y al llegar al segundo me dijo que era el primero..

Próc. ¿Se equivocó de piso?

Acet. Que yo era el primero que la había interesado.

Próc. Ah, ya.

Acet. Al día siguiente también nos encontramos en la escalera. Ella iba por el tramo de más arriba y, sin que pudiera darse cuenta, bajé la cabeza y la ví... (Suena una campanada.)

Próc. La media.

Acet. ¿Quién te lo ha dicho?

Próc. Si digo que ya son las once y media, la hora de la cita.

Acet. Ah, ya... Pues bien, apreté el paso y apelando á la gracia personal, que es mi resorte, me metí en el bolsillo el corazón de esa fototipia.

Próc. ¿Y se van ustedes á casar?

Acet. Naturalmente.

Próc. ¿Ahora la verá usted á cada instante, porque viviendo en la misma casa?...

Acet. Es que yo ya no vivo allí.

Próc. ¿Se ha mudado usted?

Acet. Tampoco. Aquella casa la dejé; pero aún no he tenido tiempo de tomar otra.

Próc. ¿Y en dónde duerme?

Acet. Pues .. en el quicio de una puerta... A ver si tú influyes para sacarme de esta situación.

Próc. Si de mí dependiera, crea usted, don Acetileno, que ya le había sacado de quicio.

Acet. Gracias, corazón generoso.

Próc. Pues yo también me quiero casar.

Acet. ¡Hombre! ¿Y quién es ella?

Próc. Otra vistosidad; la hija del cerero de esta calle.

Acet. Entonces tendrá pasta.

Próc. No está del todo mal. Por cierto que si yo me atreviera le pediría á usted un favor.

Acet. Atrévete, hombre. ¿Qué es?

Próc. Que puesto que tiene usted que esperar á Don Perpetuo se quedara usted al cuidado de la tienda mientras yo iba á darle un recado á mi novia.

Acet. Por mí no hay inconveniente; pero ¿y si viene alguien?...

Próc. No hay cuidado, á esta hora no suele venir nadie y en último caso, aunque viniera, con decirle que vuelva salía usted del paso.

Acet. Bueno, pues como quieras.

Próc. Gracias, don Acetileno; me hace usted un

favor inmenso que yo trataré de corresponder.

Acet. Bueno, pero vuelve pronto.

Próc. Inmediatamente. Hasta ahora, y mil gracias. (Vase por la derecha.)

Acet. Siempre es justo hacerle un favor á un amigo y *ainda mais* si el amigo puede devolvérnoslo con creces .. Sólo sentiré toparme con la dueña antes de que venga don Perpetuo; si bien mirado con piropearla salgo del compromiso.

ESCENA VII

ACETILENO y FRASQUITA

Fras. (Sale por la derecha y hablará con marcadísimo acento andaluz.) Buenos días tenga usted y la compaña.

Acet. Yo nada más, porque la compaña se ha ido.

Fras. ¡Ay, qué guasón es usted, hijo!

Acet. (Aparte.) Es una real moza. (Alto.) Guasón no; lo que soy es un admirador bastante exaltado de las prendas personales de usted.

Fras. Estimando; pero vamos al grano.

Acet. Vamos á donde usted quiera.

Fras. Sí señor, porque yo soy una mujer que no puede gastar el tiempo en la conversación.

Acet. Lo mismo me pasa á mí, que tampoco puedo gastarto.

Fras. Mire usted, señor relojero, yo soy una persona que no se puede estar quieta, porque la vida que yo llevo es tan ajetreada, que hoy estoy aquí y mañana ya no estoy aquí.

Acet. Lo mismo me pasa á mí.

Fras. Mire usted, hoy, sin ir más lejos, he pasao ya siete veces por la calle de Alcalá, dos por la de Atocha, cuatro por la Carrera, cinco por la Puerta del Sol y ya no sé las veces que he pasao por Peligros.

Acet. Por ahí estoy yo pasando constantemente.

Fras. ¿Y usted cree que me canso?

Acet. De seguro.

Fras. No señor, pues no me canso.

Acet. Irá usted en coche.

Fras. No señor, que voy á pie.

Acet. Pues aun á trueque de no durar ni tres días, me comprometía yo á seguirla á usted á todos esos sitios.

Fras. Estimando, pero vamos al grano.

Acet. (Aparte.) ¿Dónde tendrá el grano esta mujer?

Fras. ¿Usted ha oído hablar de un corredor de comercio que le llaman Curro el Andarín?

Acet. No me suena.

Fras. Bueno, pues pa que vea usted lo que soy yo; Curro el Andarín es mi marido y ya le tengo cansao.

Acet. (Hablando también con marcado acento andaluz.) Pues á mí, que no soy vertiginoso ni mucho menos, no me cansaba usted en toda la vida.

Fras. Pero oiga, alma mía, ¿también es usted de la tierra de María Santísima?

Acet. Soy de Guadalajara, pero ¿por qué me lo pregunta?

Fras. Por el acento. Como está usted hablando en andaluz...

Acet. ¿Que estoy hablando en andaluz?

Fras. Sí señor.

Acet. Entonces es porque se me ha pegado de usted.

Fras. Hijo, ¿tan pronto?

Acet. En seguida. Se me contagia todo con mucha facilidad.

Fras. ¡Ay qué gracia! Bueno, pues como iba diciendo, por efecto de mis muchas ocupaciones, me hace falta medir el tiempo y para eso necesito un reloj.

Acet. (Aparte.) ¡Ya salió el grano!

Fras. Tengo uno, pero hijo mío le ha dao por correr de tal modo, que adelanta seis horas diarias; así es que si no le pongo en hora á cada instante, me pasa lo de la semana pasada, que se me perdió el viernes. ¿Por qué correrá tanto?

Acet. Puede que se haya contagiado de usted.

Fras. ¡Guasón! Bueno, pues ya lo sabe usted; enséñeme uno baratito y que ande bien.

Acet. (Aparte.) ¡Esta sí que es gorda! (Alto.) ¿Y cómo lo quiere usted?

Fras. Pues una cosa así. (Cogiendo un reloj que estaba en la vitrina.) ¿Cuánto vale este?

Acet. ¿Ese?... Ese no vale nada.

Fras. ¿Cómo es eso?

Acet. Porque tiene una máquina malísima. A ese le pasa todo lo contrario que al de usted; anda para atrás.

Fras. Bueno, pues deme uno que le inspire confianza.

Acet. El caso es que ahora no tengo ninguno así.. Lo mejor es que vuelva usted mañana.

Fras. Pero hijo, ¿es que se quiere usted quedar conmigo?

Acet. Ya lo creo.

Fras. (Cogiendo otro reloj.) A ver, ¿qué precio tiene este otro?

Acet. (Aparte.) ¿Y qué digo yo?... Porque si me quedo corto...

Fras. Dígame, hombre, ¿cuánto vale?

Acet. Ese... ese vale... quinientas pesetas.

Fras. Pues hijo, ¡ni que cantara la hora como los serenos! Eso es muy caro; enséñeme usted uno más barato.

Acet. El caso es que ese es el más arreglado que tenemos.

Fras. ¿De modo que no tiene usted nada más barato?

Acet. No señora.

Fras. Pues me tendré que conformar con mi reloj. Y dígame ¿cuánto me llevaría usted por una cadena de plata sencillita?

Acet. Las tenemos desde mil pesetas en adelante.

Fras. ¡Usted está loco!

Acet. Es que son eternas.

Fras. ¿Y hay quien dé mil pesetas por eso?

Acet. Ya lo creo.

Fras. Pues el que tal haga no sé lo que merece llevarse...

Acet. Pues lo que se lleva, cadena perpetua.

Fras. A presidio le debían echar á usted.

Acet. ¿Por qué?

Fras. Por patoso. Ea, me voy porque si no estoy viendo que voy á perder el tren.

Acet. ¿Pero se va usted en tren?

Fras. ¿Cómo quiere usted que me vaya?

Acet. Yo pensaba que á pie.

Fras. Vaya con Dios. Que se le quite á usted el acento y que se abarate el artículo.

Acet. Si por mí fuera, se lo llevaba usted todo tirado.

Fras. Hasta más ver. (Vase por la derecha.)

Acet. ¡Olé por las sevillanas!

ESCENA VIII

ACETILENO y EUFEMIO tipo exageradamente chulo, que habla muy pausadamente y escucbándose á sí mismo

Euf. (Asomando la cabeza por la puerta derecha.) ¿Hay permiso?

Acet. (Aparte.) ¡Otro! ¡Dios me coja confesado!

Euf. ¿Que si hay permiso?

Acet. Lo hay.

Euf. (Entra parsimoniosamente y dice con finura.) Beso á usted la mano.

Acet. Servidor de usted. (Aparte.) Por lo menos es muy fino.

Euf. ¿Usted no me conoce?

Acet. No tengo ese gusto.

Euf. Pues yo soy un hombre que desde el año de mil ochocientos ochenta y cuatro, que empecé á pulular por el mundo, tengo la costumbre de disecar al ser que me es molesto, ora sea insezto, ora sea individuo.

Acet. (Aparte.) ¡Esta es mi última hora!

Euf. Con esta metáfora quiero demostrarle á usted la dificultad de que me tome el cabello —que es bastante rizoso—ningún ser nacido.

Acet. Hace usted muy bien.

Euf. Bueno; pues calcule el efezto que le tiene que hacer á un hombre de mis convicciones el pitorreito de un ciudadano que no resiste ni un papirotazo del orador.

Acet. ¿Y qué quiere usted decir con eso?

Euf. Quiero decir, que he penetrado en este establecimiento con el deseo vehementísimo de llevarme el aparato nasal de usted, para hacerme un alfiler de corbata.

Acet. Hombre, aunque ya sé que tengo las narices de un griego clásico subido, no puedo acceder á sus deseos porque tengo la seguridad de no haberme metido en mi vida con usted.

Euf. Ya sé que á mi direztamente no me ha hecho usté nada; pero la víztima ha sido mi muy distinguida señora, (Descubriéndose respetuosamente.) doña Romualda, alias la Despreocupada.

Acet. No recuerdo.

Euf. A dicha señora se le ha gastado en este establecimiento cierta cuchufleta que está pidiendo á gritos una hemorragia.

Acet. Usted dirá.

Euf. La cuchufleta es de arroba, y hela aquí. (Saca del bolsillo un reloj exageradamente grande.)

Acet. (Viendo el reloj.) De arroba, sí, señor.

Euf. Y vengo á quejarme.

Acet. (Aparte.) Será de los riñones.

Euf. A quejarme de que se le haya dado á doña Romualda, (Vuelve á descubrirse) esta patata, siendo así que ella vino en mi nombre á comprar un reloj, en la creencia de que esto era una relojería y no un establecimiento de verduras.

Acet. Mire usted el reloj este...

Euf. El reloj este—llamemosle así—me ha dao el disgusto más grande que me he llevao en mi vida. Por él he corrido el ridículo, que después del asma, es la cosa que más miedo me ha dao en este mundo.

Acet. No entiendo.

Euf. Al comprarlo, la hice movido de una necesidad perentoria. (Pausa.) Un servidor acaba de recibir un golpe terrible.

Acet. ¿Dónde?

Euf. En el corazón! A un servidor se le acaba de morir un ser querido.

Acet. (A Fufemio, en cuya indumentaria predominan los colores más rabiosos y que peor contrastan.) ¿El luto que lleva usted, es por él?

Euf. Yo no llevo luto porque lo negro me come mucho.

Acet. (Aparte.) ¡Es coquetón!

Euf. Al morirse mi padrino, pues es él el difunto *cu. pe. de.*

Acet. ¿Qué?

Euf. Que en paz descanse.

Acet. Ah, vamos.

Euf. El llamao á presidir el duelo era yo, y como

no pude velarle, porque un servidor padece de insomnios...

Acet. ¿No puede usted dormir?

Euf. Todo lo contrario; no puedo despertarme, y como al entierro se debe llegar puntual, mandé á doña Romualda (Descubriéndose.) pa que me comprara un reloj con objeto de llegar á tiempo.

Acet. ¿Y se le hizo á usted tarde?

Euf. ¿Tarde? Cuando llegué á la casa mortuoria estaba la familia de campo. ¿Qué le parece á usted?

Acet. Lamentable.

Euf. Estamos consonantes y por eso que lo estamos le ruego á usted que por las buenas me permita darle unos golpes en la cabeza con la susodicha alhaja, por aquello de que la venganza es muy sabrosa.

Acet. Yo no tengo nada que ver.

Euf. Digo que fué usted el de la cuchufleta gastada á doña Romualda. (Como antes se descubre.)

Acet. Pues está usted equivocado, porque no fuí yo.

Euf. ¿Quién fué?

Acet. (Aparte.) Sé que le voy á meter en un lío á Próculo; pero ¡qué demonio! primero soy yo. (Alto.) Pues el que usted busca es un joven empleado de la casa.

Euf. ¿Un joven?

Acet. Sí, señor. (Aparte.) ¡Pobrecillo, le diseca!

Euf. Hombre, ahora recapacito y puede que tenga usted razón, porque doña Romualda me dijo que el ofensor era un joven dependiente y claro está que si era un joven, no podía ser usted.

Acet. Hombre, tanto como eso...

Euf. Perdone las libertades gramaticales que me he permitido lanzarle.

Acet. Esta usted dispensado.

Euf. Gracias. Pero vamos á ver, ¿dónde podré yo soliviantar á ese joven?

Acet. Ahora no está.

Euf. ¿Pero, volverá?... No me lo niegue usted porque entonces reaunudamos de nuevo las hostilidades.

Acet. (Aparte.) Siento comprometerle; pero qué le vamos á hacer. (Alto.) Pues ese joven vendrá dentro de un rato y aquí podrá usted soliviantarle.

Euf. Muchísimas gracias. Supongo que á mi regreso, usted mismo me hará el favor de indicarme cuál es el ofensor de la Despreocupada. (Vuelve á descubrirse.)

Acet. Con muchísimo gusto.

Euf. Porque si me lo oculta usted ya sabe que...

Acet. Hombre, ¡no faltaba más! eso corre de mi cuenta.

Euf. Sus frases son para mí una escritura. Volveré.

Acet. Conformes.

Euf. Y conste que he tenido una satisfacción al conocerle. Mande como guste á Eufemio Venegas, alias *el Benévolo.*

Acet. Y usted ya sabe dónde me manda.

Euf. (Quitándose el sombrero.) A los pies de usted.

Acet. Siempre suyo. (Vase Eufemio por la derecha.) ¡Pobrecito Próculo! El Benévolo este le va á dar un disgusto; pero así aprenderá á respetar á las señoras por muy despreocupadas que le parezcan.

ESCENA IX

ACETILENO y CIRILO, joven mancebo de botica. Es exageradamente nervioso, por efecto de lo cual hace gestos y movimientos bruscos constantemente

Cir. (Entrando.) Buenos días.

Acet. (Aparte.) Otro. ¡Y dice Próculo que aquí no entra nadie!

Cir. Por lo visto es usted nuevo en la casa.

Acet. Sí, señor.

Cir. Lo digo porque yo vengo todos los días y no le he visto á usted hasta hoy.

Acet. (Aparte.) Parece que me hace guiños.

Cir. Y vengo todos los días, porque en la farmacia donde presto mis servicios hay un reloj que nos está dando más que hacer que la cuestión de Marruecos.

Acet. ¿No anda?

Cir. Sí, andar anda; pero anda como quiere, á pesar de que el dependiente de esta casa le ha hecho varias composturas.

Acet. (Aparte.) Este hombre me desespera. (Alto.) Bueno, ¿y qué desea usted?

Cir. Pues que vuelva. Entendiendo que si se niega como se negó ayer, un servidor le llevará de una oreja. (Reparando en Acetileno, que empieza á hacer gestos y movimientos muy parecidos á los suyos.) ¿Qué le pasa á usted?

Acet. Nada.

Cir. Le prevengo que de mí no se ríe nadie.

Acet. No me río.

Cir. Me está usted poniendo nervioso.

Acet. ¿Yo á usted? Al contrario, usted es el que pone nervioso á un marmolillo.

Cir. ¡Está usted haciendo befa de mí!

Acet. No señor, es que se me pega.

Cir. Como siga, vaya si se le pega, porque de un servidor no se ríe nadie. . y un servidor tiene un temperamento algo nervioso.

Acet. ¿Algo? ¡Muy poca cosa!

Cir. ¿Sigue usted lo mismo?

Acet. Sí, señor; y seguiré hasta que usted tenga la delicadeza de marcharse.

Cir. Me iré, porque no quiero cuestiones; pero con la promesa de que irán á arreglar el reloj.

Acet. Sí, señor; en cuanto venga el dependiente, ¿Cuál es su dirección?

Cir. A la farmacia del doctor Perinola, inventor de la «Perinolina», maravilloso remedio para combatir las enfermedades del sistema nervioso.

Acet. ¿Del sistema nervioso? Pues tómelo usted.

Cir. Ya lo he tomado, y gracias á él estoy bien.

Acet. Pero, ¿está usted bien?

Cir. Muy requetebién.

Acet. ¡Parece increible!

Cir. Me ausento por no tener un altercado con usted, que es un grosero; pero si el dependiente no va pronto volveré con las de Caín. Que usted lo pase bien. (Hace mutis.)

Acet. ¡Qué tío! (Sigue haciendo movimientos nerviosos, aunque menos que antes.) Vamos, Acetileno, tranquilízate... ¡Vaya un socio y vaya una

tiendecita!... Y lo peor es que no vienen ni Próculo ni don Perpetuo.

Soc. (Dentro.) ¡Próculo!... ¡Próculo!

Acet. Esta debe ser la dueña. ¿Vendrá? ¡Y no estar aquí don Perpetuo!... ¡Qué demonio! seguiré el consejo de Próculo, y en cuanto que la vea la echo una flor.

ESCENA X

ACETILENO y DOÑA SOCORRO, que sale por la izquierda elegantemente vestida y llevando la cabeza y el pecho materialmente cubiertos de claveles

Soc. ¡Próculo, Próculo! (Al ver á Acetileno.) ¡Ah!...

Acet. Señora, Próculo no está. (Aparte.) Yo la echaría una flor; pero no la va á hacer efecto. Además no la cabe, porque esta señora parece un jardín.

Soc. (Con afectación y coquetería hasta que se indique.) ¿Dice usted que Próculo no está?

Acet. No, señora. Aprovechando mi estancia en esta casa se fué á un recado; y yo mismo me presté gustosísimo á hacer sus veces.

Soc. Comprendo. (Aparte.) Para quedarse solo. Estos enamorados no reparan en medios. Algo descuidadillo está, pero se ve que es elegante.

Acet. Y ya que he tenido la fortuna de tropezar con usted, lo cual que me ha parecido el tropiezo más agradable de mi vida...

Soc. Muchas gracias.

Acet. (Aparte.) Me está saliendo muy bien. (Alto.) Aprovecho gustoso esta ocasión... (Aparte.) No, esto parece un besa la mano.

Soc. Siga usted.

Acet. Pues decía que aprovechaba este feliz encuentro para exponer á usted mis pretensiones.

Soc. No me diga usted nada...

Acet. ¿Se niega á escucharme?

Soc. No, señor, es... que ya sé lo que me va usted á decir.

Acet. ¿Sí?... ¡Ah, vamos! Ya comprendo, sin duda

don Perpetuo la habrá hablado á usted de mí.

Soc. No, señor; no me ha dicho nada.

Acet. Entonces, ¿cómo ha podido usted saber?...

Soc. Pero hombre de Dios, ¿no sabe usted que he recibido su carta?

Acet. (Aparte.) Ah, por lo visto don Perpetuo la ha escrito recomendándome. (Alto.) Pues además estoy citado aquí con el propio don Perpetuo, y creo que ya no tardará.

Soc. ¿Y para qué se ha citado usted con él?

Acet. Toma, pues para que me recomiende á usted.

Soc. ¿Luego don Perpetuo conoce las pretensiones que usted abriga?

Acet. Naturalmente.

Soc. Pues debía usted ser más reservado.

Acet. Yo creo que la cosa no tiene nada de particular. No se trata de ningún delito para ocultarlo.

Soc. Pero hombre, de todas maneras...

Acet. Mire usted, señora, como en este país todo se consigue con las influencias, yo he tratado de que todas las personas que tienen algún ascendiente con usted me recomienden. El mismo Próculo está interesadísimo por mí.

Soc. Pero ¿también se lo ha dicho á usted?

Acet. Pues claro.

Soc. Es usted un charlatán.

Acet. Comprenda usted, señora, que muchos amenes al cielo llegan.

Soc. (Aparte.) ¡Me ha llamado cielo! ¡Qué delicado es! (Alto.) ¿Y qué le ha contestado á usted Próculo?

Acet. Ese está tan entusiasmado con mi idea que cree que hace usted un verdadero negocio.

Soc. ¡Negocio!

Acet. Ah, sí, puede usted estar segura. Esta es una ocasión que no se la volverá á presentar mientras viva. Aprovéchela porque se trata de una verdadera ganga.

Soc. Que inmodesto es usted.

Acet. Parezco inmodesto, pero soy verídico. De modo que solo resta que usted me diga si acepta ó no acepta, teniendo en cuenta que de su contestación depende mi vida.

Soc. (Aparte.) ¡Está apasionadísimo!

Acet. ¿No me dice usted nada?

Soc. ¡Yo!... ¡qué diría mi esposo si viera esta escena!

Acet. Ah, no lo dude usted; diría que sí, sin vacilar un instante.

Soc. ¡Qué está usted diciendo!

Acet. Si viviera el pobre señor de Minutero, estoy segurísimo de que él mismo la convencería á usted.

Soc. ¡Calle! ¡Usted delira! ¡Está usted muy impresionado!

Acet. Señora, digo lo que siento; pero usted en cambio no me contesta.

Soc. (Declamando con gran intensidad dramática y accionando muy acaloradamente.) ¿Y qué quiere usted que yo le diga?... ¿No me ha mirado ya?... ¿No ha visto usted estas flores? ¿Qué he de decir?... ¡La respuesta es clara!... ¡Que sí!

Acet. ¿Sí?... ¡Oh, gracias, gracias! Pero no se ponga usted tan nerviosa por eso.

Soc. (Como rechazando á Acetileno que no se ha movido.) ¡No... no me abrace!... Eso más adelante.

Acet. ¿Eh?

Soc. Estamos solos, las gentes pueden murmurar... Me voy, me voy... Volveré luego... Sí, adiós, adiós... (Va hacia la izquierda.)

Acet. Y muchísimas gracias.

Soc. (Muy dramática.) ¡Adiós! (Vase resueltamente por la izquierda.)

Acet. Acetileno, ¡eres el hombre del porvenir!

ESCENA XI

ACETILENO y PRÓCULO que sale por la derecha

Próc. Perdóneme usted que le haya hecho esperar tanto.

Acet. Ya creí que no nos volvíamos á ver; pero, en fin, no te regaño porque estoy contentísimo.

Próc. ¿Por qué?

Acet. ¿No lo imaginas?

Próc. Qué, ¿ha visto usted á doña Socorro?

Acet. Sí, chico. ¡Abrázame! (Le abraza.)

Próc. Le habrá usted explicado sus mecanismos.

Acet. Ca; no ha habido necesidad porque ya los conocía...

Próc. ¿Y cómo?

Acet. Por una carta que don Perpetuo la había escrito recomendándome.

Próc. ¿Y se decide á construirlos?

Acet. Pues claro, hombre, ¡si está entusiasmada! Si tu hubieras visto con cuánto calor me decía que sí!

Próc. Vaya, pues que sea enhorabuena.

Acet. Ahora solo falta que tú la metas prisa.

Próc. Descuide usted.

Acet. Pero, hijo mío, hablando de otra cosa, has de saber que me has hecho sudar el kilo en este rato que he hecho tus veces.

Próc. Qué ¿ha venido gente?

Acet. No han dejado de entrar ni un instante. Pero ¿á que no sabes quién ha venido?

Próc. No caigo.

Acet. Ya caerás, descuida. Pues ha venido el Benévolo.

Próc. No conozco á ese señor.

Acet. ¿No le conoces, eh? Pues ya, ya tendrás ocasión de conocerle, porque va á volver con la sana intención de llevarse tus narices para hacerse un alfiler de corbata por la broma del reloj que le diste á su señora.

Próc. ¡Atiza! .. ¿Y dice usted que va á volver?

Acet. Claro, á buscarte.

Próc. Ah, pero ¿usted le ha dicho que yo?...

Acet. No sólo eso, sino que me he comprometido á presentarte.

Próc. ¿Y por qué ha hecho usted semejante barbaridad?

Acet. Hijo mío, porque ya estaba pisando con el pie derecho el sarcófago.

Próc. ¿Y ahora qué hago yo?

Acet. Yo creo que lo mejor es que te vayas á provincias hasta que se le pase la indignación.

Próc. ¡En menudo lío me he metido!

Acet. Y por poco me metes á mí. Bueno, pues además ha venido el mancebo de la farmacia de Perinola.

Próc. ¿Para que vayan á arreglar el reloj?

Acet. Justo.

Próc. ¡Qué posma! Le advierto á usted que viene todos los días con la misma pretensión. A ese hay que darle un escarmiento por pesado.

Acet. Vamos, ¿es que no quieres arreglar el reloj?

Próc. No señor, porque el relojito ese ya no anda más que á empujones.

Acet. Pues, hijo, yo le he prometido que tú irías á arreglárselo.

Próc. ¿Yo? ¡En seguida!

ESCENA XII

DICHOS y DON PERPETUO que sale por la derecha

Per. Acetileno, perdone usted la falta de puntualidad.

Acet. Don Perpetuo, por Dios, perdonarle yo á usted cuando es la persona á quien debo más en este mundo!... y eso que hay algunas á quienes también debo bastante.

Per. Pero cómo ¿hay alguna novedad?

Acet. Sí señor, ya he conseguido mi sueño dorado.

Per. ¿Por lo visto ha hablado usted con doña Socorro?

Acet. Hace un instante.

Per. ¿Y la ha convencido usted?

Acet. Eso no. Si ha accedido á mis pretensiones es porque estaba muy bien impresionada por la carta que usted la ha escrito.

Per. (Con gran asombro.) ¡Ah! ¿Pero usted sabe?..

Acet. Naturalmente.

Per. ¿Quién se lo ha dicho?

Acet. Pues ella; doña Socorro.

Per. No creí que fuera tan poco reservada.

Acet. ¡Pero qué empeño de hacer las cosas en secreto!

Per. ¿Y ella misma le ha dicho á usted que el de la carta era yo?

Acet. Sí señor.

Per. (Aparte.) No comprendo cómo lo ha podido averiguar... Sin duda habrá leído en mis ojos la pasión que me devora. (Alto.) ¿Y dice

usted que mi carta la ha hecho buena impresión?

Acet. Buenísima, inmejorable.

Per. (Con alegría.) ¡Ah, amigo Acetileno, me hace usted feliz!

Acet. (Conmovido y abrazando á don Perpetuo.) Créame que estoy conmovido al ver el interés que usted se toma por mi insignificante persona.

Próc. (Mirando por la puerta derecha.) Vaya, ya está aquí otra vez el pelma del mancebo.

ESCENA XIII

DICHOS y CIRILO que sale por la derecha

Cir. Se me ha jugado una mala pasada.

Acet. ¡Ya está este hombre aquí! No quiero ni verle. (Volviéndose de espaldas á Cirilo.)

Próc. Pero ¿qué desea usted?

Cir. (Por Acetileno.) Aquel señor me prometió que irían á componer el reloj y no han ido.

Próc. Pero si ya le he dicho á usted mil veces que está hecho polvo y no merece la pena de molestarse.

Cir. Eso no es cuenta de usted.

Próc. Bueno, pues ya sabe usted que yo no voy.

Cir. Tiene usted obligación.

Próc. ¡Yo que he de tener!

Cir. No me voy hasta que no venga conmigo uno de ustedes.

Próc. Como no quiera ir el dependiente lo que es yo...

Cir. ¿Dónde está el dependiente?

Próc. Ha salido.

Cir. Pues le esperaré.

Proc. Haga usted lo que quiera.

Cir. (Sentándose malhumorado en una silla que habrá cerca de la puerta.) ¡Esto es un abuso!

Per. ¿Pero por qué se vuelve usted de espaldas?

Acet. Porque si le veo hago lo mismo que él.

Próc. A este individuo le tengo sentado en la boca del estómago.

Acet. Y yo.

Próc. Era cosa de darle un escarmiento por pelma.

ESCENA XIV

DICHOS y DOÑA SOCORRO por la izquierda

Per. (Aparte y por doña Socorro.) ¡Ella!... Tienen razón, ya no me cabe duda. ¡Ese jardín es la prueba de su amor!

Soc. ¿Usted por aquí, don Perpetuo?

Per. Sí, señora; por aquí. (Aparte.) ¡La emoción me ahoga!

Acet. Conforme me había prometido, viene á interarse por mi asunto.

Próc. Conste que yo también me intereso.

Soc. Es inútil, señores, porque este picarón (Por Acetileno.) lo ha conseguido todo.

Acet. Créame, señora, que jamás se arrepentirá, porque yo le garantizo que mis aparatos le darán un excelente resultado.

Soc. (Con gran extrañeza.) ¡Jesús! ¿Qué dice usted? ¿Qué aparatos son esos?

Acet. Los que he tenido la honra de inventar.

Soc. No comprendo.

Acet. De los que le hablaba á usted don Perpetuo en su carta.

Per. No, yo de eso no hablo una palabra.

Soc. Pero si yo no he tenido ninguna carta de don Perpetuo.

Per. ¡Cómo que no!

Acet. ¿No me ha dicho usted que había tenido una carta?

Soc. Claro, hombre, la de usted.

Acet. ¿La mía? (Separándose de doña Socorro.) ¡Ay, esta señora me da miedo!

Soc. ¿Pero no es usted X?

Acet. ¿Yo X? ¿De dónde ha sacado usted eso?

Per. Aquí debe haber una mala interpretación, porque... (Con timidez.) la verdad, Socorro... X soy yo.

Soc. (Con gran asombro.) ¿Usted?

Per. Sí... yo. El señor es el inventor de unos aparatos de relojería muy curiosos y desea que usted se los construya.

Acet. Justo.

Soc. Luego entonces el del clavel; el de la cabeza á las once, ¿es usted?

Per. Soy yo, que no me he atrevido nunca cara á cara á... ¿y usted qué me dice?

Soc. ¿Yo?... (Dándole la mano con ternura.) ¡Perpetuo!

Per. ¡Socorro!

Próc. (Aparte.) ¡Perdónalos, Minutero, que no saben lo que se hacen!

Acet. Bueno y de mis aparatos, ¿qué?

Per. Serán construídos, ¿verdad, Socorro?

Soc. Sí, se pondrán á la venta el día de nuestra boda.

Acet. ¡Qué felicidad!... ¿Y se casarán ustedes pronto?

Soc. Muy pronto, sí señor.

(Perpetuo y Socorro van hacia un rincón y hablan sin preocuparse de lo que sucede á su alrededor.)

Cir. (Muy incomodado y tirando de la americana á Acetileno.) Bueno, ¿y hasta cuándo voy á esperar?

Acet. ¡Y á mí qué me cuenta usted! Ya se podía usted haber largado!

Cir. Usted me prometió...

Acet. ¡Déjeme usted en paz!

Próc. Ya le he dicho que se espere á que venga el dependiente para ver si le convence usted.

Cir. (A Acetileno.) A usted le voy á dar una bofetada.

Acet. ¿A mí? (Va á pegar á Cirilo.)

Próc. (Deteniéndole.) No haga usted caso.

Acet. O poco he de poder ó este tío me las paga.

ESCENA XV

DICHOS y EUFEMIO, por la derecha

Euf. ¿Hay permiso?

Acet. Adelante. (Aparte á Próculo.) Ahí tienes al Benévolo; anda, entiéndetelas con él.

Próc. (Idem.) ¡No, por Dios, don Acetileno!... ¡Sálveme usted, por lo que más quiera!...

Euf. (Llevándose á un lado á Acetileno y diciéndole en voz baja.) Mi distinguido señor: supongo que estará usted dispuesto á cumplimentar su promesa.

Acet. Yo nunca me vuelvo atrás de lo que digo.

Euf. Eso es digno de loa. ¿Podré soliviantar al desventurado ese?

Acet. Sí, señor. (Aparte.) ¡Ah, qué idea! (A Próculo.) Ahora verás... (A Eufemio.) Podrá usted soliviantarle, pero con una condición.

Euf. Expóngala.

Acet. Que se lo lleve usted á la calle y no empiece á soliviantarle hasta que se hallen ustedes á dos kilómetros de este local.

Euf. Conformes.

Acet. ¿Sí? (Aparte y separándose de Eufemio.) ¡Ahora verás tú! (Dirigiéndose á Cirilo y diciéndole en voz baja.) Oiga usted, joven.

Cir. ¿Qué hay?

Acet. Vayase con el señor (Por Eufemio.) y él le arreglará... el reloj.

Cir. (Levantándose.) ¡Gracias á Dios!

Acet. Ande, ande.

Cir. ¿Lo dejará bien?

Acet. Sí, ya verá usted cómo lo deja.

Cir. Pues andando.

Acet. (A Eufemio y por Cirilo.) Aquí le tiene usted.

Cir. (A Eufemio.) ¿Vamos?

Euf. (Abriendo la puerta y cediéndole el paso.) Usted primero.

Cir. (Haciendo mutis.) Buenos días.

Euf. (Dando la mano á Acetileno.) Repito mi testimonio de amistad imperecedera.

Acet. Lo mismo digo.

Euf. Hasta más ver. (Vase derecha.)

Próc. (Abrazando á Acetileno.) Gracias, don Acetileno! Ha tenido usted una ocurrencia felicísima.

Acet. Como todas las mías.

Próc. Le va á poner como nuevo.

Acet. Creo que no volverá en toda su vida.

Próc. ¡Que se fastidie!

Acet. Bien empleado le está por antipático. Y como ya no hay nada que temer, sólo falta que los tórtolos se casen, que se construyan mis aparatos y... (Después de corta pausa, dice dirigiéndose al público:)

Aunque el autor asegura
que la obra no vale nada,
será toda su ventura
que le deis una palmada. (Telón.)

Precio: UNA peseta

50 POR 100 DE AUMENTO